

# NEW LEFT REVIEW 85

SEGUNDA ÉPOCA

MARZO - ABRIL 2014

## ARTÍCULOS

GÖRAN THERBORN	¿Nuevas masas?	5
ANDRÉ SINGER	Rebelión en Brasil	18
PERRY ANDERSON	<i>Antagonista</i>	38
TOR KREVER	Juzgar a la Corte Penal Internacional	68
TERI REYNOLDS	Despachos desde Dar	103

## ENTREVISTA

THOMAS PIKETTY	La dinámica de la desigualdad	107
----------------	-------------------------------	-----

## ARTÍCULOS

JOSH BERSON	La reprogramación de la quinua	122
-------------	--------------------------------	-----

## CRÍTICA

MARCUS VERHAGEN	Participativo pasado	140
WILLIAM DAVIES	La economía del insomnio	148
DYLAN RILEY	Cuestiones sureñas	154

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde el  
Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN,

---

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE



tráfico de sueños

## CRÍTICA

Jonathan Crary, *24/7: Late Capitalism and the Ends of Sleep*, Verso, Londres, 2013, 144 pp.

WILLIAM DAVIES

### LA ECONOMÍA DEL INSOMNIO

«¿Dónde está la equidad, preguntamos, para el trabajador por turnos, que sale de casa todavía de noche, en las primeras horas de la madrugada, y mira hacia las persianas cerradas del vecino que duerme una vida dependiente de las prestaciones públicas?». En el congreso celebrado por el Partido Conservador en 2012, el ministro de Hacienda George Osborne utilizó esta evocadora imagen para establecer una línea política divisoria. El trabajador o el dormilón: ¿de qué lado estás? En el congreso de 2013, Osborne siguió esta hebra con una política que exige al desempleado acudir *todas las mañanas* a un centro de empleo como condición para recibir sus prestaciones. Este enfoque punitivo solo tiene sentido –dada la escasez de ofertas de trabajo– cuando se observa en el contexto de un gobierno que toma severas medidas contra el sueño y la inactividad. La remoralización del desempleo que se abre camino en Reino Unido no acusa a los desempleados de delincuentes ebrios, como los representaban los victorianos, sino de insuficientemente alerta o despiertos.

Es una retórica interesante que parece confirmar la tesis planteada en *24/7: Late Capitalism and the End of Sleep*, el ensayo y lamento de Jonathan Crary. El sueño, sostiene él, es nuestro último bastión de otredad y rechazo en una era de medios de comunicación, acumulación, vigilancia y gestión omnipresentes. Y por esta razón, ha sido objetivo de varias tecnologías y regímenes de poder. Crary introduce su proposición con una serie de inquietantes ejemplos de cómo se está librando la guerra contra el sueño: mediante la búsqueda por parte de los científicos de una cura contra el

cansancio, el uso de la privación del sueño por parte de los interrogadores militares como forma de tortura, y la esperanza de los ingenieros de superar las horas nocturnas colocando espejos reflectores en el espacio. De manera menos violenta, la era de los teléfonos inteligentes y la vigilancia digital ubicua hace que ahora moremos en un mundo de constante monitorización y visibilidad, en el que el «modo de sueño» ha pasado a hacer referencia a una máquina que está en reposo pero no está verdaderamente apagada. En el fondo acecha la afirmación hecha por Gilles Deleuze de que la sociedad foucaultiana de «disciplina» panóptica y periódica ha sido sustituida por otra de control sinóptico y permanente. El significante «24/7» se utiliza para captar este síndrome en toda su implacabilidad, su carácter ilimitado y enormemente siniestro. ¿Pero qué representa exactamente el término?

La respuesta de Crary se basa en una amalgama un tanto inestable de marxismo, *Kulturkritik* web 2.0 y, por supuesto, Foucault-Deleuze, junto con la crítica weberiana a una racionalización que ha escapado de cualquier propósito humano significativo y de todo control. En resumen, 24/7 representa la «continuidad constante» que Marx identificó en los *Grundrisse* como elemento crucial del proceso de circulación capitalista. Pero han hecho falta ciento cincuenta años para que este orden temporal se cumpla a escala mundial: «las aceleraciones de un capitalismo siempre globalizador solo se impusieron en la vida social e individual con lentitud». Las tecnologías del control social aparecieron por primera vez a mediados del siglo XIX, en el contexto de la gestión; pero en 1900, señala Crary, solo una diminuta proporción del planeta estaba plenamente atrapada en las relaciones capitalistas. La Segunda Guerra Mundial provocó grandes avances hacia un presente planetario homogéneo, forjando una nueva alianza entre la ciencia, el poder militar y las empresas multinacionales, y los nuevos paradigmas de comunicación y control; pero grandes áreas de existencia social conservaban ritmos precapitalistas. En la década de 1960, la «vida cotidiana» (en el sentido dado por Lefebvre) estaba siendo cada vez más colonizada (en el sentido de Debord) por el consumo y el «ocio organizado», y en ese fenómeno la televisión desempeñó una crucial función de transición: millones de personas pasando las tardes apiñadas ante «titilantes objetos emisores de luz», sometidas a modos de duración uniformes y una respuesta sensorial limitada. La década de 1980 supuso un nuevo ataque contra la vida cotidiana, correspondiente «al paso de la producción a la financiarización» y la ofensiva ideológica del neoliberalismo: el individuo fue entonces redefinido como un «agente económico a tiempo completo».

Pero quizá el momento más decisivo de esta trayectoria ocurrió a comienzos de la década de 1990, con la penetración del ordenador personal y de Internet en la vida cotidiana. La aceleración de los ritmos de consumo coincidió con la creciente integración de tiempo y actividad en

formas de «intercambio electrónico» que implicaban una intensificación de la vigilancia y la manipulación: la «formación de individuos maleables y consentidores», potencialmente conectados a los circuitos del capital 24 horas al día los 7 días de la semana. Para Crary, éste es el momento en el que la sociedad disciplinaria de Foucault, que aún permitía algunas áreas de «vida no administrada», adopta los rasgos de la sociedad de control deleuziana, mediante el «sistema mundial de autorregulación», la monitorización ubicua y la circulación continua permitida por las tecnologías en red. Facebook, Twitter *et alia* constituyen «estrategias de desempoderamiento», «técnicas obligatorias de personalización y autoadministración digital», mediante las cuales uno «colabora de manera pasiva y a menudo voluntaria en la vigilancia y en la recolección de datos propios». Formas polivalentes de intercambio social se reducen a secuencias habituales de solicitud y respuesta: la cuenta corriente y los amigos de cada uno se gestionan mediante operaciones maquínicas idénticas. Las actividades de la vida real que no tienen correlato en Internet «empiezan a atrofiarse, a perder importancia».

Publicada antes de las revelaciones de Edward Snowden, esta crítica es asombrosamente profética. Crary se muestra mordaz acerca de las afirmaciones sobre el potencial liberador de las redes electrónicas —«incluso entre las voces plurales que afirman que “otro mundo es posible”, se da a menudo la cómoda equivocación de que la justicia económica, la mitigación del cambio climático y las relaciones sociales igualitarias pueden darse junto al mantenimiento de la existencia de corporaciones como Google, Apple y General Electric»— y recrimina a los activistas que «se concentran voluntariamente en el ciberespacio», creando blancos para la vigilancia policial. Pero si la mayoría de las necesidades naturales —hambre, sed, deseo sexual, amistad— están monetizadas, el sueño sigue siendo la anomalía obvia: «la asombrosa e inconcebible realidad es que de él no puede obtenerse nada de valor». Crary aspira a reanimar los planteamientos románticos de la fantasía y el mundo onírico: el sueño ofrece tanto el rechazo contra la «constante continuidad» del presente planetario como con su promesa de despertar «un ensayo de lo que podrían ser comienzos más prometedores».

En *24/7: Late Capitalism and the End of Sleep*, por lo tanto, el extremo pesimismo cultural va de la mano de nociones de resistencia minimalistas. Para Adorno, ésta residía en la música o, menor aún, en un grito; para Marcuse, era un contundente «rechazo absoluto». ¿Es el sueño realmente el equivalente de nuestra generación? ¿Puede encontrarse ahora el «afuera» en una forma de inconciencia viva? Hay razones empíricas e históricas para sospechar que no, basadas en ciertos elementos distintivos del capitalismo posterior a 1968 que Crary apenas reconoce. Podemos debatir si estos elementos constituyen una base para la esperanza o para una desesperanza aún mayor. En primer lugar, existe en la actualidad un modo de gobierno y gestión en rápida expansión, que

podría denominarse agenda del «bienestar», esto concierne a las empresas y los gobiernos por igual, porque problemas psicosomáticos como la obesidad, la depresión, la ansiedad y la inactividad representan ahora un profundo obstáculo al aumento de la productividad y la eficiencia social. La cuestión, para los políticos y los directivos occidentales en la actualidad, no es simplemente cómo extraer más tiempo y energía de las personas, sino cómo sostener mentes y cuerpos en buen estado. Es un equilibrio delicado en el que el sueño y el descanso deben fomentarse con atención. Cuando Crary sostiene que «ha dejado de haber una necesidad interna de convertir el descanso y la recuperación en componentes del crecimiento económico y la rentabilidad», pasa por alto la medicalización de las relaciones laborales desde la década de 1970, que ha hecho que los directivos adquieran una aguda conciencia del impacto que el trabajo tiene sobre cuerpos, mentes y –cada vez más– cerebros. Su argumento pasa también por alto la medicalización de las relaciones con el yo, cuando los individuos vigilan sus propios niveles de cansancio, salud y energía, y reflexionan sobre ellos.

A los directivos de las empresas posindustriales les aterra el estrés de los trabajadores, una expresión apenas oída hasta la década de 1960, pero que se había convertido en preocupación importante de los expertos en recursos humanos ya en la de 1980. El estrés, dicho de la manera más simple, es la forma en la que un organismo responde a una exigencia excesiva. El exceso de trabajo y de esfuerzo son ahora problemas introducidos en el cálculo de la gestión posindustrial. Ciertamente, allí donde la mano de obra está estandarizada y es fácilmente reemplazable, el temor al trabajador «quemado» está tristemente ausente, pero cuando se explota el capital humano, todos, desde el Foro Económico Mundial en adelante, reconocen que la necesidad de mantener a los individuos en buena forma, sanos y felices constituye un problema empresarial. Y eso requiere dormir bien, como parte de un conjunto de intervenciones terapéuticas para mantener mente y cuerpo. Un estudio efectuado en 2011 por la Harvard Medical School calculó que la privación de sueño les cuesta a los empresarios estadounidenses 63.000 millones de dólares en pérdidas de productividad. Diversas empresas ofrecen ahora a sus empleados asesoramiento profesional sobre el descanso, aprovechando un nuevo circuito asesor de expertos en «sueño y salud».

Crary presenta una visión curiosamente taylorista de la extracción de valor, y apenas presta atención a la creación de valor. En lo que a esta última se refiere, habría sido ilustrativo un análisis más selectivo de Foucault. Para éste, como él mismo explicó en las clases sobre seguridad, territorio y población impartidas en 1977-1978 en el Collège de France, el problema del gobierno a partir de finales del siglo XVIII no fue simplemente el de disciplinar los cuerpos mediante una vigilancia y una rutina restrictivas, sino también el de producir salud, crear deseo, fabricar vitalidad, como sendas

positivas hacia la prosperidad y la seguridad. El neoliberalismo personalizó este problema de gobierno convirtiendo a cada individuo en un «empresario de sí mismo», que debe calcular estratégicamente cuánto trabajar, descansar, consumir y relacionarse. La teoría del capital humano presentada por Gary Becker, que Foucault describió en el curso sobre *El nacimiento de la biopolítica* como parte integrante del neoliberalismo estadounidense, era de hecho la extensión de la economía neoclásica al uso del tiempo libre individual. Desde esta perspectiva, el sueño no se opone a los regímenes de producción y racionalización, sino que constituye un ingrediente necesario para vivir la vida de manera productiva y racional. Quizá no pueda extraerse valor del sueño, pero el sueño puede crear mucho valor, en especial cuando la concentración y la creatividad forman parte de los procesos de acumulación. El «empresario de sí mismo» puede, alternativamente, considerar que «dejar de dormir le ofrece una vida de beneficios» en la que merece la pena invertir a pesar de los costes. El problema que afronta el neoliberalismo es que al enredarlo todo dentro de un cálculo económico, tiene dificultades para promover un estilo de vida frente a otro: el reto ahora entrecorrido como «cambio de conducta» y «estímulo».

A pesar de varias referencias de pasada a la «financiarización», las realidades del sector financiero apenas aparecen en *24/7: Late Capitalism and the End of Sleep*. Considerada a la luz de éstas, la tesis de Crary parece de repente más convincente en lo referente al «24» que al «7». De lunes a viernes, los mercados financieros están efectivamente trabajando en una corriente planetaria constante, en la que un mercado abre cuando otros cierran. La necesidad de mantener este flujo en una economía de escala planetaria explica en parte la distribución de los centros financieros: la posición privilegiada de Londres en el capitalismo mundial deriva en buena parte del hecho de que sea capaz de negociar simultáneamente con el Este Asiático por la mañana y Nueva York por la tarde. Si Wall Street funcionase las 24 horas, la principal ventaja competitiva de la City desaparecería. El fin de semana las cosas cambian, y se podría decir que solo gracias a los fines de semana quedan hoy bancos de inversión privados en el mundo occidental. En el tremendo caos de septiembre y octubre de 2008, los fines de semana crearon momentos de calma relativa en medio de la emergencia financiera, en los que los líderes políticos podían tramar su siguiente paso, en un esfuerzo por evitar el completo hundimiento del sistema. Por ejemplo, fue el fin de semana del 11 y el 12 de octubre cuando el gobierno británico decidió invertir 35 millardos de libras en acciones de dos de sus principales bancos, exigiendo también a los reguladores europeos que trabajasen los fines de semana para aprobar tales decisiones.

Crary señala que es la vigilia del Estado Leviatán hobbesiano, que permanece de guardia mientras los ciudadanos duermen profundamente, el que le

confiere su poder soberano. Quizá ésta sea una lección de la crisis de 2008: la incesante vigilancia del Estado. Un cierto estremecimiento acompaña a las anécdotas de líderes políticos que debían reunirse toda la noche para solucionar las emergencias nacionales (esto se convierte más que un estremecimiento, con la reflexión de que la famosamente insomne Margaret Thatcher supuestamente asumía cada día como una emergencia nacional). Pero otra interpretación del otoño de 2008 sería la de que el sistema financiero se salvó precisamente porque sus mercados no operan 24 horas los 7 días de la semana, a pesar de que buena parte de las transacciones algorítmicas y de alta frecuencia podrían presumiblemente continuar de manera constante, sin interrupción. Que los mercados abran por la mañana y cierren por la tarde ofrece límites curiosamente anacrónicos, «caballerescos», dentro de los cuales se ve obligado a existir el anárquico ajeteo de las transacciones financieras. Con independencia de las acciones estatales, la mortífera espiral económica de 2008 estuvo salpicada por momentos de calma relativa. Junto a los fines de semana, esto ofreció a los políticos nacionales un ritmo al que adaptarse durante el caos financiero. Los diferentes remedios estatales podían probarse por la noche, esperando la reacción de los mercados a la mañana siguiente.

El blanco más urgente de la crítica de Crary, sospecho, es la combinación de los medios de comunicación social y la analítica de los *big data*, que está extendiendo a la vida cotidiana una nueva lógica algorítmica no relacionada con el mercado y carente de los límites de este o incluso del cálculo al estilo Becker. Es este aparato tecnológico el que da vida de la manera más tangible a la «sociedad de control» deleuziana. La cuestión de qué queda fuera de este aparato o es resistente a él es de hecho preocupante. La defensa liberal de la «intimidad» es claramente inadecuada como medio para circunscribir los flujos de datos que ahora penetran en todas las áreas de la vida personal, social y cultural. Esta corriente ininterrumpida reduce la crítica simplemente a una queja más, debilitando la sensación de interferencia momentánea que dio a la crítica y a la crisis su fuerza histórica. La cuestión de cómo resucitar la capacidad cultural y política para interrumpir es fascinante e importante. Los momentos de pasividad son, como da a entender Crary, potencialmente cruciales para detener el ruido constante y el movimiento perpetuo. ¿Pero qué decir de la lectura, del escuchar, de la quietud dedicada y deliberada? Crary sugiere que el juego ya se ha acabado y que «la idea de pasar largos bloques de tiempo exclusivamente como espectador está pasada de moda». En cuyo caso, ¿por qué no considerarlos como destrezas que necesitan reaprenderse? El argumento de que la receptividad y la pasividad contienen recursos de esperanza es acuciante en nuestra época interactiva; pero seguramente éstas tienen manifestaciones más enérgicas y críticas que la mera rendición a la inconsciencia nocturna.